

Sintico

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2008, Óscar Contardo
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Derechos exclusivos de edición:
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Isabel de la Fuente
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición en este formato: agosto de 2024

ISBN: 978-956-408-596-8

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

ÓSCAR CONTARDO

Siútico

Arribismo, abajismo y
vida social en Chile

 Planeta

*A la memoria de mi madre, por su sentido del humor
en lo dulce y en lo amargo.*

Todas las fuerzas tradicionales de la selección social (clubes, registros sociales y colegios profesionales) se habían vuelto obsoletas —lo sabía—, pero aún creía necesarios algunos signos o indicios de casta, para la comprensión y el disfrute del mundo.

JOHN CHEEVER, *Esto parece el paraíso*

Es la palabra más típica de Chile. No tiene nada que ver con el cursi español ni el huachafo peruano [...]
El siútico no tiene nada que ver con la clase media. Puede ser siútico y gastarse media docena de apellidos vinosos. [...] Carlos Vattier decía que existe el ácido nítrico, el ácido cítrico... y el ácido siútico.

TITO MUNDT

Índice

13	NOTA DEL AUTOR	
21	PRÓLOGO	
27	PAÍS DE SIÚTICOS	
31	1 EXTRAÑOS EN EL SALÓN	
71	2 BUENA PRESENCIA	
	75	El oscuro destino de los oscuros
	81	Se siente rubio
	94	Papá tenía los ojitos claros
	105	Caniuqueo, el mapuche blanco
	109	Selección de personal
123	3 ELEFANTES DE LOZA	
	128	Homo siútico
	138	¿Quiénes son los Arozamena?
	150	Una hectárea de estatus
	157	Del Mediterráneo a los Andes
	164	A la orilla de la acequia

169	4 CORTE REGULAR VARÓN	
		175 Acaballerados
		187 Buenas compañías
		193 <i>Très chic</i>
		196 La guardia blanca
		201 El talento del marqués de Cuevas
219	5 BUEN PROVECHO	
		230 Arribar en tiempos de Guerra Fría
		237 Zapato blanco, taco aguja
		247 «Mire, mijita»
		255 Pañitos bordados, tejido crochet
263	6 SIUTIQUERÍA Y PIEDAD	
		270 El fin de la discusión
		272 De la manda a la misa
		280 Ya no basta con rezar
		286 La masificación y el neosiútico
293	7 LA PIOJERA (FIRMES JUNTO AL PUEBLO)	
		295 Arriendo señora bien para matrimonio picante
		298 Gente de mundo
		304 <i>Shiny happy people</i> : tipología del cuico
		317 Turismo de clase
		325 La Piojera vip
333	REFERENCIAS	

*País de siúticos**

Juan Manuel Vial

Haciendo una pequeña concesión al título, este libro hay que celebrarlo con campanitas, trompetines y adagios de arpa. Las razones son varias, siendo la más importante que, por primera vez en Chile, se publica una obra que trata acerca del complejo fenómenos social de la siutiquería con absoluta objetividad. El autor, Óscar Contardo, emprendió el seguimiento del tema con cierta distancia, como quien lo mira desde fuera, consiguiendo con ello que su visión jamás llegase a quedar contaminada con prejuicios o mitos urbanos. *Siútico* es fruto de una investigación seria y dedicada, pero no está escrito con el lenguaje de una tesis académica; al contrario: se trata de un ensayo en donde a ratos campea, libre y fecundo, el peculiar sentido del humor del autor, quien, en ocasiones, da rienda suelta al sarcasmo y la irreverencia por medio de comentarios inteligentes y sumamente graciosos.

Contardo se ocupa, en primer lugar, de averiguar el origen de la palabra «siútico», atribuida en su momento al ingenio de José Victorino Lastarria —lo más seguro es que la palabra se usara desde antes en el léxico popular—, para luego demostrar que el término designa no solo lo que es cursi o almibarado, sino que, en su sentido más literal, constituye el mote despectivo con que la oligarquía se refiere a la mesocracia o «medio pelo», esto principalmente a partir de la

segunda mitad del siglo XIX, que fue cuando surgieron las grandes fortunas mineras. En un principio, la denominación de «siútico» estaba reservada para los nuevos ricos, quienes, procurando ocultar sus humildes orígenes, hacían gala de modales y formas de hablar que creían distinguidos, aunque, claro, para el ojo experto aquellos remilgos eran una manifestación flagrante de extrema cursilería.

Entre los nuevos ricos que se desvelaron por formar parte del sector más elevado de la sociedad —la mal llamada «aristocracia castellano-vasca», pues de aristocracia, como palabra que designa a los mejores, no tiene nada, y de castellano vasca conserva poco, a consecuencia del mestizaje—, hubo quienes lograron su objetivo con relativa facilidad y treparon hasta lo más alto del pináculo social. Lo curioso es que desde allí se hicieron enemigos acérrimos de aquellos miembros de la clase media que apoyaban al presidente Balmaceda, a quienes no tardaron en motejar de «balmasiúticos».

Al poco andar, la palabra «siútico» se convirtió en un insulto. Cuenta Contardo que así, como pachotada hiriente, la utilizó en una sesión del Senado el político Walker Martínez, cabecilla de la revolución que derrocó a Balmaceda, en contra de Eliodoro Yáñez. Este, sin perder la calma, y recordando que los modestos orígenes copiapiños del señor Walker fueron causa de la oposición del padre de su mujer al matrimonio, le repicó con un ingenioso e histórico «si lo oyera su suegro».

La obsesión por arribar, que incluye la de ostentar lo que se tiene y ocultar lo que no se tiene, perdura hasta nuestros días. Contardo describe, por ejemplo, el arquetipo de la nueva mujer chilena de sector socioeconómico alto: rubia, conduciendo una gigantesca camioneta cuatro por cuatro y vistiendo sofisticadas tenidas de las marcas internacionales más célebres, aunque disimuladas en una aparente sencillez. El autor también muestra que en el sector más empinado persisten pocos elementos que permitan una diferenciación

clara entre «el cuico» y «el siútico», a no ser por ciertas expresiones que no se deben decir, so pena de revelar la siutiquería («falda» por «pollera» o «lentes» por «anteojos»). Antaño el apellido servía de diferenciador —«de Bezanilla para arriba, de Bezanilla para abajo» informa Contardo—, pero hoy da lo mismo llamarse como sea. Lo que de verdad importa es la plata.

Siútico viene a ser aquel que posa de lo que no es, o aquel que posa con excesiva autocomplacencia de lo que ha conseguido, sea en términos laborales o materiales. La conclusión es clara: en los sectores socioeconómicos medios y altos, todos, o casi todos, somos siúticos en algún grado. Algunos más, otros menos. Nunca es siútico, en cambio, el hombre de pueblo, quien, ajeno a la obsesión por trepar o aparentar, conserva en muchos casos la naturalidad propia de un caballero, la cual le permite veranear junto a su numerosa familia al interior de una carpa en la playa de Cartagena, cocinando sobre la arena y mondando sandías. *Siútico* no es un libro inofensivo, pues obliga al lector a la introspección, tal como sostiene ese verso siútico: «He aquí el espejo de la virtud y el vicio, / miraos en él y pronunciad el juicio».

*Nota publicada en *La Tercera* el
20 de septiembre de 2008

Extraños en el salón

Ahora se había producido la llegada del mediopelo
y del rotaje alzado.

TITO MUNDT, *Papel manchado*

¡1900 o 1925, un siútico es un siútico!
¡Yo no permito que una hija mía se case con un siútico!

FERNANDO DEBESA, *Mama Rosa*

Hay palabras que son como balas. O como cuchillos. Balas y cuchillos de distinto tipo, para distintas ocasiones, de calibre variable y fabricación nacional. Algunas son postonazos o proyectiles que en lugar de plomo cargan tinta, que no dejan heridas, pero manchan. No se trata de groserías, tampoco de insultos puros y duros; pertenecen a un campo de significado particular, son sugerentes y difíciles de traducir más allá de la tribu. Palabras como *roto*, como *futre* o como *siútico*. Tienen orígenes disímiles, raíces perdidas que son como hebras que primero se enredan y luego se pierden en un deshilachamiento histórico, más allá de cualquier fecha, hundiéndose en etimologías dudosas, pero traspasando la historia como lo harían ciertas especies de reptiles o insectos que sobreviven al tiempo y los cataclismos.

La palabra «roto» es una bala, un cuchillo; a veces inocua, otras dañina. Su origen más probable está en los militares rotosos —harapientos, desharrapados— de la guerra de Arauco.

Luego amplió su significado desde lo inofensivo a lo venenoso. Desde ser simplemente un sinónimo de «varón», o describir un tipo humano folclórico, simpático y telúrico que en un momento va a la guerra y defiende a la patria. En este caso se habla del «roto chileno» como una pieza histórica vinculada al triunfo en campañas bélicas, idea que se consagró en la batalla de Yungay en 1839, cuando los reclutas descamisados triunfaron sobre las fuerzas de la Confederación. Pero también deriva en figura humorística criolla: el roto desdentado, con ojotas, sonriente, pícaro, alcoholizado. Verdejo pobretón, consumido en una fatalidad que no se nota porque se le supone feliz en la rusticidad de su asentamiento menesteroso en los arrabales de la ciudad. Pero el roto, en la medida en que deja de ser un sujeto folclórico o pintoresco, se transmuta en un ser amenazante. El roto nunca discrepa, disiente o critica; a los ojos del patrón, el roto se «alza», se subleva, se insolenta o se resiente, lo que supone un peligro porque no hay diálogo, no hay negociación posible, porque muy en el fondo no se trata de una criatura racional ni razonable, de un «buen salvaje», sino de un ser temperamental que hay que mantener a raya porque es de difícil extinción e improbable evolución. Ser un roto es una condición hereditaria que acompaña hasta la muerte, como la diabetes o el daltonismo.

Bajo esta idea se encuentra el carácter mineral de la sociedad en que vive. Un mundo estático, tectónico, donde naturalmente los cambios se dan a ritmo geológico y el progreso sostenido es una experiencia históricamente inusual. En su novela *El roto*, Joaquín Edwards Bello arranca el relato con un ejemplo de la idea de progreso que se manejaba en Chile, contando cómo un ilustre político se había opuesto a la construcción del ferrocarril porque el sistema «traerá la ruina a los dueños de carretas». Para que el roto existiera era necesaria una contraparte que pensara que el futuro estaba en las carretas de bueyes y que cualquiera que dijera lo contrario

era un elemento peligroso. De hecho, el parlamentario que abogaba por las carretas de bueyes —y que Edwards Bello nunca identifica— acusaba al mismísimo Andrés Bello de «miserable aventurero» por defender la construcción del ferrocarril.

El escenario es entonces una sociedad de argumentos abreviados por el imperio de la obediencia.

Por otra parte, el roto rara vez se reconoce a sí mismo. Casi siempre el «roto» es el otro, y que el otro lo sea significa que hay una distancia insalvable, una distancia de origen de la que no hay retorno, y que abre las puertas a un aspecto importante del arsenal de palabras que tiene que ver con disparar a mansalva. «Mi familia dejó de ir a El Quisco porque se llenó de rotos», indica una profesional en la treintena, titulada en una universidad confesional, lo que con frecuencia comunica una supuesta cuna privilegiada. Lo dice al pasar, una acotación a la hora de almuerzo, como advirtiéndoles a los demás comensales que ni ella ni los suyos pueden compartir un mismo espacio con el gentío que invadió el balneario de su infancia. Con ello establece que hubo un pasado mejor para el balneario, un pretérito de exclusividad al que ella y su familia accedieron. Un pasado de alta alcurnia de El Quisco, del que el resto de los chilenos no nos enteramos. El disparo en ese caso es de fogueo, solo una señal. Errada, por cierto, y nadie se atreve a comentarla, porque en la mesa se instala un ambiente de tensión que es como la angustia que precede a la vergüenza ajena.

El ejercicio de «rotear» no tiene más objetivo que distanciar, que crear la fantasía de que en algún momento ese balneario fue un lugar resguardado de una tribu a la que ni ella ni su familia pertenecían. Aquí surge una arista interesante. El roteo suele ser un arma entre aquellos que se sienten amenazados, bajo sospecha; aquellos que, estando en medio —el mediopelo—, buscan elevar su condición, al

menos discursivamente. Quienes rotean saben que hay un algo que los sitúa demasiado cercanos al umbral donde el respeto se pierde. Así que, antes de ser confundido con uno, mejor señalar a otros. La mujer dice: «Yo no soy una rota, estoy por encima de eso, soy mejor». Pero todo ese esfuerzo se desploma cuando se enfrenta a una máxima acuñada por el grupo al que quisiera pertenecer y que sentencia que «rotar es de rotos».

El roto es el otro, distinto de uno y ajeno en sus hábitos y modales. Una respuesta al roteo fue la palabra «futre» —actualmente en retirada—, que alude desdeñosamente al tipo refinado, al elegante, pero más derechamente al patrón o al que podría llegar a serlo. Hay quienes aventuran que el origen estaría en una expresión francesa, *foutre*, que en el habla del pueblo llano chileno se transformó en «*jutre*» o «*futre*»¹. La palabra es la defensa del roto (o de la rota, que en rigor es la «china»), un arma de contraataque, la reacción desde la inferioridad. En la novela *El loco estero*, Alberto Blest Gana pone en escena un intercambio callejero entre un par de caballeros y un grupo de chinas, en plena celebración de la batalla de Yungay:

*Cantemos las glorias
Del triunfo marcial
Que el roto chileno obtuvo en Yungay*

entonaban las mujeres. Un par de caballeros, de jóvenes bien, completan el verso en tono de burla:

*Sin las chinas feas
Que chillando van.*

1. El significado de este verbo francés alude vulgarmente al acto sexual. Su raíz está en el latín *future*, presente en varias lenguas romances en palabras despectivas en el mismo sentido. Por otra parte, la expresión *jean-foutre* alude a un tipo incapaz, un inútil.

A lo que las chinas responden:

Cantá no más

Futre encolao

De a cuartillo el atao.

Todo esto en medio de un desfile por la Alameda, donde las autoridades habían construido un tablado a manera de palcos abiertos «para la gente visible». No se especifica cuál era la gente «invisible». Lo de «futre» fue la respuesta al roteo, pero no alcanzaba su poder de artillería. Futrear a alguien no es tan destructivo, a menos que se le agregue sarcasmo (futrequito) o violencia (futre de mierda) a la expresión, o se dijera en un entorno amenazante para los caballeros, como lo haría el diario *El Clarín* durante la Unidad Popular. Es interesante notar cómo estas palabras alcanzan su auge en periodos de cambio o crisis política y social.

Actualmente, y por efecto de la filtración de ideas foráneas como el culto a lo políticamente correcto, el respeto al prójimo independientemente del barrio en que viva o el lugar donde vaya de vacaciones, y la progresiva conciencia de que la discriminación social es impropia —en particular si es en público—, el sentido de «roto» se ha igualado al de «maleducado» o «grosero». Se abre así un universo más alejado de la definición original, dando un paso rumbo a la modernidad: ya no se es roto, sino que se cometen roterías, faltas a las buenas maneras, abusos triviales que reflejan mala educación y no un origen social (aunque, en rigor, origen y calidad de la educación están muy relacionados). El roto, ahora, no nace, sino que se hace, por voluntad propia y desidia.

Aun así, oculto, tapado, sobrevive el significado ancestral, aquel que tiene sentido en un orden primitivo, rural, con muchos cercos y alambradas para resguardar las distancias: «Siempre existe un momento de crisis en donde aparece. Es

como algo atávico», reflexiona el cineasta Andrés Wood, que en la película *Machuca* hace aparecer la palabra en las escenas de mayor tensión, cuando la rabia se desborda. Rotear es un violento ejercicio de tomar distancia, de poner las cosas en orden y recordarle a otro su lugar.

Síntomas de la supervivencia del roteo son ejercicios pe-riodísticos como «el rotómetro», que en la última década del siglo XX surtía de diversión a los lectores con un cuestionable juego de ingenio que consistía en completar un test de comportamientos que se supone retratan al roto contemporáneo, sin ojotas, suburbano y con trabajo estable. Uno más cercano al ingreso medio o al mediopelo histórico². El rotómetro de los años noventa es una de esas pruebas de pureza social que suelen ser elaboradas al calor del ocio de una redacción con más pretensiones que ideas, y que terminan por delatar no al roto que se supone pone a prueba, sino al personaje que las inventa; como la mujer que anuncia que ya no va a El Quisco, se instala en otra arena: la de la promoción social. Se trata de una estrategia de escalamiento, la del sujeto que pretende arribar imitando los códigos que cree lo acercarán al plano de aquellos a quienes quiere imitar o, en el más ambicioso de los casos, lo harían parte del grupo al que sueña pertenecer. Entonces es que surge lo de «siútico», como artillería para repeler el ascenso.

Roto es a siútico lo que un arma de destrucción masiva a un revólver con silenciador; lo que una bomba de racimo a una bomba de ruido. La primera es una expresión de arrabal, con un hálito de aire libre y de domicilio improbable. Evoca, más que a individuos, un cuadro histórico: manadas de gañanes desplazándose en busca de trabajos temporales, sembrando

2. En www.purochile.com es posible recuperar el test. Las preguntas son del tipo: «¿Tiene tele en el living? ¿Le parece que el mall es un buen lugar para ir de paseo el fin de semana? ¿Le agrada usar zapatos con short? Cuando va a almorzar ¿dice "voy a colación"?». El test clasifica también a partir del vocabulario que marca pertenencia social: «¿Le dice falda a la pollera? ¿Le dice mami a su mamá? Cuando se abriga ¿se pone chaleca?».

de hijos sin apellido el Chile agrario del siglo XIX. Los rotos invaden, pululan, se envalentonan, a veces se alzan y rebelan. En cambio, el siútico entra en escena o irrumpe, se infiltra, imita, trepa y obedece. Nunca combatirá abiertamente al futre, como sí lo hará el roto, porque su objetivo es acercarse al aristócrata, que lo confundan con él, ser aceptado en su mundo. El roto es a barbarie lo que siútico es a civilización.

La palabra «siútico» solo pudo haber surgido en la ciudad, allí donde emerge una nueva capa geológica, un mineral de ley variable que se sitúa entre el patrón y el peón. Es un arma selectiva, de mayor refinamiento, que, a diferencia de «roto», no es necesario utilizar con rabia o solo desprecio. Permite combinaciones, da juego, favorece el ejercicio de la ironía y del sarcasmo. Para la elite, el siútico encarna una amenaza distinta de la del roto. Menos brutal. Una amenaza microbiana, bacteriana, incluso hereditaria, como afirma Edwards Bello en boca de la heroína de *La chica del Crillón*: «La siutiquería es una enfermedad de humillación y dura tres generaciones».

Por otra parte, «siútico» es una palabra de límites más difusos que roto o futre. Se usa en discursos más elaborados que el rústico arranque de rabia. Eso sí, para que la palabra, de oscuro origen, llegara a existir y difundirse en Chile hacían falta por lo menos tres elementos: la vida urbana, una riqueza nueva gracias a las minas del norte y los burócratas y profesionales. Todo esto desemboca en la aparición de un tipo humano nuevo que aspira a entrar en los salones herederos de la Colonia, donde ya todos se conocían. Irrumpir para confundirse con los invitados habituales, haciendo caso omiso de los límites estamentarios tradicionales, burlando los cercos y esquivando los alambrados en traje de camuflaje. Los siúticos serían entonces los recién llegados, los desconocidos, los aspirantes. El siútico es el arribista vernáculo, el extraño en el salón, enfrentado al poder esquivo y corcoveante de una elite que se espanta, evade, rechaza, y si el caso lo amerita,

utiliza y coopta. El siútico no enfrenta al futre, más bien lo imita y, sobre todo, lo obedece y trata de sacar provecho de su cercanía.

Historiadores, cronistas y escritores intentaron —sobre todo a fines del siglo XIX y en la primera mitad del XX— buscar una definición y un origen para una palabra que el Diccionario de la Real Academia Española define como un adjetivo coloquial de uso en Bolivia y Chile «para una persona que presume de fina o elegante o que procura imitar en sus costumbres o modales a las clases más elevadas». Una definición, como veremos más adelante en este libro, sin etimología cierta, que ha dado pie a una rica especulación difícilmente comprobable: que la habría inventado José Victorino Lastarria; que sería una derivación de una palabra quechua o de una palabra inglesa (de *suit*, traje); que se origina en el apellido de un personaje del *Juan Tenorio* de Zorrilla, Ciutti, que se da aires de gran señor, o que es el producto fonético de los arrumacos a una guagua. Durante la primera mitad del siglo XX se definió, se describió, se debatió sobre ello como si se tratara de un asunto fundamental, como si a través del análisis del siútico pudiera llegarse a develar la interrogante que más inquietó a los cronistas de esa época: la pregunta sobre en qué consiste ser chileno. La lógica en este caso era que había algo esencial o incluso biológico en la siutiquería. No se buscaban las respuestas en el entorno, ni en las transformaciones sociales de la vida urbana, o en las repercusiones que tendría en Santiago la aparición del «nuevo rico», tras amasar su fortuna en las minas del norte. Tampoco aparecían en la reflexión sobre el siútico los vínculos que tendría el fenómeno con el surgimiento de un nuevo grupo: el de los burócratas y profesionales. Del siútico se hablaba en términos naturalistas. Como lo haría un etólogo sobre el comportamiento animal, un zoólogo sobre una especie de monos. El siútico nacía, no se hacía.

La seducción que ejercía el tema de la siutiquería era tan intensa como el rechazo que provocaban en la elite las manifestaciones de los nuevos ricos en su intento por acercarse a su mundo. Un hito en el tratamiento de la sociedad santiaguina al nuevo rico es el episodio protagonizado por los Castagneto, una familia de prósperos inmigrantes asentada en Valparaíso en las primeras décadas del siglo. La familia decidió celebrar la fiesta de presentación en sociedad de una de sus hijas invitando a los jóvenes de las familias más notables de la capital. La estrategia de inserción social fue neutralizada por los distinguidos convidados, que, actuando concertadamente, enviaron a la fiesta al personal de servicio de sus casas³. Algunas versiones añaden destrozos atribuidos al personal de servicio, otras simplemente la humillación de tener que recibir como invitados a empleadas, peones y jardineros. Esta anécdota, como la mayoría de las historias de siúticos en Chile, es parte de la tradición oral, conservada y traspasada de generación en generación del mismo modo en que los pueblos originarios conservan sus mitos fundacionales. Una historia similar ocurriría cuarenta años más tarde con una familia de origen árabe, que dio una fiesta a una de sus hijas invitando a los retoños de los clanes más ilustres de Santiago, los que acudieron solo para provocar desmanes en la casa de los anfitriones. El mito es aliñado con detalles posiblemente espurios, como que los invitados fueron escogidos por sus apellidos en la guía telefónica. El incidente, también conservado oralmente por generaciones de parientes y amigos de los asistentes a la fiesta, está representado en la escena con la que arranca la novela en clave *El viajero de la alfombra mágica*, del escritor Walter Garib.

3. No hay acuerdo sobre la fecha exacta del episodio. La historiadora Valeria Maino sitúa el incidente en 1924, durante el gobierno de Alessandri Palma; Joaquín Edwards Bello, en su novela en clave *Criollos en París*, la recrea para las fiestas del centenario.

Casi medio siglo separa ambas fiestas, la de los inmigrantes italianos y la de la familia árabe, un dato que ayuda a ilustrar no solamente la morosidad de los cambios sociales en Chile durante buena parte del siglo XX, sino también la curiosa interpretación de las normas del buen comportamiento y la insólita forma de poner en práctica aquello llamado «caridad cristiana» en un ámbito declaradamente piadoso.

Estos relatos del acoso social mantienen ciertos patrones: nunca se revela a los protagonistas de la agresión, aunque sí a las víctimas; siempre la fuente es un pariente no muy directo que conocía a alguien directamente involucrado en la agresión. El solo hecho de tener un conocido o antepasado entre los victimarios es un símbolo de estatus. Los relatos de este tipo guardan algunas similitudes con la estructura de la leyenda urbana, en la que participó el amigo de un amigo, aunque en este caso los fenómenos paranormales son reemplazados por demostraciones de crueldad hacia el siútico o nuevo rico. La historia remata por lo general en un resoplido de reprobación cristiana por parte del narrador. Un gesto que no alcanza a ocultar la disimulada satisfacción que procede del hecho de estar del lado de los victimarios. Existen casos en que el resoplido es reemplazado por una sonrisa, como la de un niño tratando de evitar el castigo después de golpear a su hermano menor.

Así como la palabra que lo consigna es un giro local, el siútico es una subespecie a escala nacional del arribista universal; mal que mal, el deseo de escalar en la cartografía del estatus es un fenómeno común en las sociedades occidentales que han abandonado el sistema de castas o los estamentos sociales rígidos. Con el siútico pasa lo mismo que con los marsupiales, que en Australia llegan al tamaño de un ser humano (canguro) y en Chile al de un roedor (monito del monte). La evolución de cada uno ha dependido de las presiones ambientales de un medio específico.